

Monica  
Wood

# UNO ENTRE UN MILLÓN

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

Título original: *The One-in-a-Million Boy*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Monica Wood. Por acuerdo con el autor. Todos los derechos reservados  
© de la traducción: Carmen Francí Ventosa, 2016  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9104-474-1

Depósito legal: M. 28.457-2016

Printed in Spain

*Para Joe Sirois,  
que completó nuestra familia,  
y para Gail Hochman,  
que hizo todo el viaje*



#### NOTA DE LA AUTORA

Esta novela incluye listas de diversos récords mundiales, la mayoría tomadas de varias ediciones de la serie Guinness World Records. Exceptuando las citas más obvias, los nombres y hechos son reales y públicos; sin embargo, tanto esos récords como la marca Guinness World Records se utilizan con el fin de enmarcar un mundo que solo existe en mi imaginación. Es posible que algunos de los récords mencionados hayan sido superados por otros posteriores en el lapso de tiempo transcurrido entre la escritura y la publicación de este libro. También he consultado la página web del Gerontology Research Group, una organización que sigue la pista de las personas más ancianas del mundo. De la misma manera, el músico David Crosby aparece en el relato como personaje de ficción.



# PRIMERA PARTE

*Brolis* (Hermano)





\* \* \*

Aquí tenemos a la señorita Ona Vitkus. Esta es la grabación de la historia de su vida. Esta es la parte Uno.

¿Esto está en marcha?

(...)

No puedo contestar a todas las preguntas. Estaríamos hasta el día del juicio final.

(...)

Contestaré a la primera, pero nada más.

(...)

Nací en Lituania. En 1900. No sé dónde. Me acuerdo vagamente de algunos animales de granja, de un caballo u otro animal grande, blanco y con manchas.

(...)

Quizá fuera una vaca.

(...)

No tengo ni idea de qué clase de vacas hay en Lituania, pero me parece que era una de esas vacas lecheras con manchas, como las que se ven en todas partes.

(...)

Una vaca frisona, gracias. Oh, y también cerezos. Preciosos cerezos que en primavera parecían espuma de jabón. Grandes, llenos de flores, como un montón de burbujas.

(...)

Y después recuerdo un largo viaje, una travesía en barco. Me acuerdo de trozos sueltos. Tienes un millón de preguntas en el papel...

(...)

Cincuenta, sí. Vale. Pero no voy a contestar por orden.

(...)

Porque la historia de la vida de una persona nunca empieza por el principio, ¿es que no te enseñan nada en el colegio?

# Capítulo 1

---

La anciana lo estaba esperando —a él o a cualquiera—, aunque Quinn no había telefoneado previamente.

—¿Dónde está el chico? —preguntó desde el porche.

—No ha podido venir —contestó él—. ¿Es usted la señora Vitkus?

Quinn había ido a llenar los comederos para pájaros, sacar la basura y ocuparse, durante sesenta minutos, de la casa y del jardín de la mujer. A eso sí llegaba, por lo menos.

La señorita Vitkus lo miró con irritación; su rostro parecía una manzana encogida de la que hubiera desaparecido todo el color, con la única excepción de unos ojos inquietos, brillantes como semillas.

—Los pájaros tienen hambre —dijo ella—. Y yo no puedo cargar con la escalera —añadió con una voz como cristales triturados.

—¿Es usted la señora Ona Vitkus? ¿Es este el número 42 de la avenida Sibley?

Quinn comprobó de nuevo la dirección; había cruzado la ciudad en dos autobuses para llegar hasta allí. La casa verde, de un solo piso, se alzaba en el boscoso límite de una calle sin salida, a dos manzanas de un almacén Lowe's y a pocos pasos de un sendero de excursiones. Quinn, plantado en el camino

que llevaba a la casa, oía el tráfico y a los pájaros con la misma intensidad.

—Señorita —corrigió ella con tono altivo. Quinn percibió un lejano rastro de acento extranjero. El niño no lo había mencionado. Probablemente, la mujer había sido uno de los muchos inmigrantes que habían entrado en Estados Unidos por la isla de Ellis—. El chico tampoco vino la semana pasada —protestó ella—. Estos muchachos son muy poco constantes.

—Qué le voy a hacer —contestó Quinn, repentinamente receloso. Había esperado encontrarse con una mujer encantadora de mejillas sonrosadas. La casa parecía la cabaña de una bruja, con tristes parterres, buhardillas puntiagudas y las tablillas del tejado de color paja.

—Se supone que enseñan a los chicos a ser obedientes. Preparados, amables y obedientes... amables y obedientes... —La mujer se dio unos golpecitos en la frente.

—... en todo momento —completó Quinn.

El chico se había ido. De manera definitiva y para todos los momentos. Pero Quinn no tuvo fuerzas para decírselo.

—Y respetuosos en todo momento —añadió la señorita Vitkus—. Eso es lo que prometen. Dan su palabra. Me pareció que este chico era bueno de verdad.

Otro débil eco de acento extranjero: unas consonantes algo rasposas que pasarían totalmente inadvertidas a un oyente poco avezado.

—Soy su padre —dijo Quinn.

—Me lo había imaginado. —La mujer se estremeció dentro del chaquetón acolchado. Llevaba también un gorrito con borlas, aunque estaban a 13 grados, era finales de mayo y el sol brillaba—. ¿Está enfermo?

—No —contestó Quinn—. ¿Dónde están los comederos de los pájaros?

La anciana temblaba. Sus piernas, cubiertas con medias, parecían un par de mangos de rastrillo metidos en unos zapatitos negros.

—En el cobertizo —contestó ella—. Junto a la puerta, a menos que el chico los haya cambiado de sitio. Hace las cosas a su manera. También hay una escalera. Tú eres alto, quizá no la necesites.

La mujer examinó la ropa que llevaba Quinn como si le pareciera inadecuada.

—Si bajo los comederos, podrá llenarlos usted misma —sugirió él.

La anciana puso los brazos en jarras.

—Todo esto me tiene bastante fastidiada —dijo. De repente, parecía al borde de las lágrimas, y ese cambio de tono inesperado hizo que Quinn se apresurara.

—Ahora me ocupo de todo —dijo él.

—Me voy a la casa. —La mujer señaló la puerta con un dedo nudoso—. Puedo supervisararlo también desde la ventana.

Hablaba con un entusiasmo que no acababa de encajar con su fragilidad física, y Quinn puso en duda que, como le había dicho Belle, Ona Vitkus tuviera 104 años. Desde la muerte del chico, la visión que tenía Belle de la realidad se había vuelto algo viscosa. Quinn estaba abrumado por la pena de Belle, acobardado por el modo en que la alteraba. Quería salvarla, pero no tenía talento para ninguna relación personal que fuera más allá de acatar órdenes como forma de expiación. Por ese motivo estaba allí, obedeciendo a quien era dos veces su exmujer y para completar las buenas obras del hijo de ambos.

El cobertizo tenía una puerta de dos hojas desportilladas que se abrían con facilidad: las bisagras parecían recién engrasadas. En el interior encontró una escalera de mano con

un travesaño roto. Apeataba a animal, pero no a perro o gato, sino a algo más propio de un granero; tal vez ratones. O quizá ratas: escuálidas, pelonas y dentudas. De la pared más alejada colgaban en diagonal unas herramientas de jardín cubiertas de óxido que mostraban puntas, dientes y filos. Quinn pensó en los diversos modos en que el niño podría haberse herido en su misión semanal de caridad: sepultado bajo la leña inestable, roído por las alimañas: una trampa para *boy scouts*.

Pero el chico no se había hecho daño. Para decirlo con sus propias palabras, se «había sentido inspirado».

Quinn encontró el alpiste en un cubo de plástico que reconoció: había contenido los 20 litros de masilla con la que había arreglado las paredes del garaje de Belle; pero eso había sido antes de su separación definitiva, antes de que ella convirtiera el local de ensayo de Quinn en un almacén para disolventes, venenos para el jardín y neumáticos de repuesto. Dentro del cubo, Quinn encontró una pala enorme, de un color rojo brillante, alegre como un accesorio de teatro. En un estante cercano vio nueve palas más, idénticas. Al chico le gustaba acumular objetos y guardaba cosas sin motivo. En la víspera del funeral, Belle abrió la puerta del dormitorio del chico y le dijo a Quinn que entrara si quería, pero que no podía tocar ni llevarse nada. Así que Quinn se dedicó a contar. Nidos: 10; copias de la película *Fiel amigo*: 10; linternas: 10; huchas en forma de cerdito: 10; manuales para *boy scouts*: 10. Tenía palitos de polos helados, bellotas, carretes de hilo como los que se encuentran en los costureros de las señoras, todo reunido en pulcros grupitos de diez unidades. Un ordenador, diez ratones. Una mesa, diez estuches para lápices. Según Belle sostenía, ese deseo de acumular era una respuesta razonable ante un padre cuya atención manaba como el agua gotea de un grifo estropeado. «Imagina el mo-

tivo por el cual un chico de 11 años insistiría en tener todas estas reservas de los objetos que necesita», le dijo en una ocasión.

«Porque algo no le funciona bien en la cabeza», respondió Quinn para sí. Pero aquel día solemne observó la habitación en silencio. Mientras salía del cuarto, precedido de Belle, puso la mano sobre el diario del chico —una libreta de espiral de 13 × 18 centímetros, negra y sencilla— y se la metió con disimulo bajo la cazadora. Ahí quedaron otras nueve, envueltas todavía en plástico transparente.

Mientras Quinn arrastraba el grano fuera de la cabaña en dirección a los comederos de la señorita Vitkus, se imaginó al resto del grupo de *boy scouts*, la Tropa 23, haciendo buenas obras más atractivas, como, por ejemplo, tejiendo colchas de color rosa. El jefe de los *scouts*, Ted Ledbetter, viudo, padre y profesor de enseñanza media que, según decía, era aficionado a los paseos por el bosque, probablemente había hecho que cargara con la señorita Vitkus el chico menos predispuesto a quejarse. En aquel momento, la anciana estaba dando golpecitos en el cristal para que Quinn espabilara.

Entre la casa y un gran abedul, la señorita Vitkus había tendido una cuerda de 9 metros de la que colgaban comederos para pájaros. Quinn medía 188 cm, de modo que no le hacía falta la escalera, aunque el chico, que era menudo, de huesos pequeños y aspecto de duendecillo, sin duda la había necesitado. A los 11 años Quinn también había sido un niño pequeño, pero al siguiente verano su estatura se disparó y se quedó con dolores articulares y sin ropa. Quizá el chico habría llegado a ser alto. Un hombre alto y aficionado a acumular objetos. Un hombre alto y aficionado a contar objetos misteriosos.

Quinn empezó por el extremo más cercano al árbol y, cuando destapó el primer comedero, los pájaros comenzaron

a posarse y a poblar las ramas temblorosas. Probablemente eran carboneros. Todo lo que había aprendido en las dos últimas semanas le había llegado a través de la letra manuscrita de su hijo: cuidadosa, pulcra, propia de un adulto. Según su diario, el fruto de las irresponsables entrañas de Quinn, futuro miembro de las águilas exploradoras, había puesto sus miras en una insignia al mérito en identificación de aves.

La señorita Vitkus abrió la ventana.

—Los pájaros te toman por el chico —dijo, mientras las aves batían las alas—. Llevas la misma cazadora.

El aire fresco se abrió paso con fuerza en los pulmones de Quinn, sin piedad. La señorita Vitkus se quedó mirándolo; el jersey formaba bolsas sobre su escuálido pecho. Quinn no respondió, y ella cerró la ventana con un chasquido.

Tras rellenar los comederos y pasar el cortacésped, Quinn regresó a la casa, donde la señorita Vitkus lo esperaba, detenida en la puerta. Prácticamente no tenía pelo, solo unos pocos mechones blancos que le recordaron la pelusa del diente de león.

—Al chico le daba galletas después de trabajar —dijo ella.

—No, gracias.

—Es parte del trato.

Así que entró, pero se dejó puesta la cazadora; tal como había señalado la señorita Vitkus, era idéntica a la que llevaba el chico: de cuero y con tachuelas, lo que daba a Quinn un aire de rockero y, al niño, un aspecto de animalito caído en una trampa. Belle lo había enterrado con ella.

Quinn esperaba encontrar gatos y tapetitos de encaje, pero la casa de la señorita Vitkus era agradable y espaciosa. La encimera de la cocina, aunque en un extremo tenía montones de periódicos, brillaba en los lugares despejados. Los grifos del fregadero resplandecían. En otro tiempo, también el exterior de la casa se habría parecido a las del resto de la calle —bien cuidada y mantenida, enmarcada por franjas



precisas de césped—, pero no cabía duda de que la mujer había perdido la capacidad de conservarla.

La mesa estaba impoluta, solo había en ella dos platos de distinta vajilla, una caja con galletas en forma de animalitos, una baraja y unas feas gafas de lectura compradas en cualquier farmacia. Las sillas olían a pulimento de limón. Quinn entendió por qué al chico le gustaba aquel lugar.

—He oído que tiene usted 104 años —aventuró Quinn, por decir algo.

—Y 133 días.

La mujer fue repartiendo las galletitas de animales, una por una, entre los dos platos, como si distribuyera las cartas de una baraja. Por lo que parecía, no las tomarían con leche.

—Yo tengo 42 —dijo él—, lo que equivale a 84 en la vida de un músico.

—Pareces mayor.

Los ojos verdosos de la mujer brillaron al mirarlo. El chico había escrito con ortografía impecable: «¡¡¡La señorita Vitkus me inspira grandes ideas debido a sus poderes mágicos y a los acontecimientos EXTRAORDINARIOS de su vida!!!». El diario tenía 29 páginas, una crónica de listas interrumpida por breves transcripciones torrenciales del mundo de la señorita Vitkus, su nueva amiga.

—¿Cuenta usted con algún tipo de ayuda —preguntó Quinn—, además de los *scouts*?

—Una organización benéfica, Meals on Wheels, me trae comida a domicilio —dijo ella—. Tengo que coger la comida, separarla y recalentarla, pero es un ahorro. —Alzó una galletita en forma de dinosaurio—. Esta es la idea que tienen de un postre.

Miró de nuevo a Quinn.

—El chico me dijo que eres famoso, ¿es cierto?

Quinn se echó a reír.

—En sueños.

—¿Qué tipo de música tocas?

—Cualquier cosa menos jazz. El jazz hay que llevarlo en la sangre.

—¿Elvis?

—Claro.

—¿Canciones de vaqueros?

—Si me lo piden bien.

—Siempre me ha gustado Gene Autry. ¿Y Perry Como?

—Si me pagan, toco piezas de Perry Como, de Gene Autry, de Led Zeppelin o del anuncio de comida para gatos.

—No he oído hablar nunca de Ed Zeppelin ni de anuncios para comida de gatos —dijo la señorita Vitkus—. Así que eres un hombre para todo.

—Un currante —dijo él—. Así es como se consigue tener siempre trabajo.

La mujer lo examinó de nuevo.

—Entonces, debes de tener bastante talento.

—No toco mal. —¿Qué le habría contado el niño? Se sintió como un insecto atravesado por un alfiler—. Trabajo desde los diecisiete años.

A esto no contestó nada.

—Como guitarrista, quiero decir. He trabajado, sobre todo, como guitarrista. —La anciana siguió callada, así que Quinn cambió de tema—. Habla usted un inglés excelente.

—¿Y por qué no iba a ser excelente? He vivido en este país cien años. He sido secretaria del director de una escuela, Lester Academy, ¿has oído hablar de ella?

—No.

—¿Ni del doctor Mason Valentine? Un hombre muy inteligente.

—He estudiado en colegios públicos.

La mujer jugueteó con su jersey, una reliquia de los años cuarenta con grandes botones de cristal.

—Los chicos de ahora no saben lo que es la constancia: teníamos cosas por hacer —protestó la señorita Vitkus, mirando a Quinn.

—Creo que tengo que irme —contestó él.

—Como quieras —dijo la mujer. Tamborileó con los dedos sobre la gastada baraja, que parecía algo más pequeña que las estándar.

—Mi hijo dice que sabe hacer trucos de magia con las cartas —dijo, incapaz de resistirlo.

—Pero no actúo gratis.

—¿Le cobra?

—A él no, es un niño. —La señorita Vitkus se puso las gafas, demasiado grandes para su rostro, y examinó la baraja.

El chico había escrito: «La señorita Vitkus tiene MUCHÍSIMO talento. ¡¡¡Hace que las cartas DESAPAREZCAN y luego vuelvan a APARECER!!! Sonríe bien».

En la vida real hablaba exactamente así.

—¿Cuánto? —preguntó Quinn.

La mujer barajó las cartas y cambió de actitud.

—Voy a agasajarte —dijo, siguiendo la típica táctica de los magos de distraer al interlocutor. A lo largo de los años, Quinn se había topado con todo tipo de pícaros, y aquella vieja era francamente buena.

—Me basta con el truco —dijo él, echando un vistazo al reloj de la cocina.

—Tienes prisa —dijo ella—. Todo el mundo tiene prisa.

Pasaba las cartas de una mano a otra como si la baraja fuera un acordeón; sus florituras tal vez resultaran menos impresionantes de lo que ella creía, pero, con todo, impresionaban bastante.

—Me escapé con un espectáculo de variedades en el verano de 1914 y aprendí el arte de la prestidigitación. —Alzó los ojos, como si esa simple palabra tuviera efectos mágicos—.

Tres meses después volví a casa y, durante el resto de mi existencia, llevé la vida más convencional que quepa imaginar —añadió con una expresión intensa, aunque un tanto ambigua—. Hago estos juegos para recordar que una vez fui joven —y, sonrojándose, añadió—. Le conté a tu chico muchas historias. Posiblemente, demasiadas.

Con razón había temido ir a casa de la anciana: el chico estaba en todas partes. Quinn nunca había querido tener hijos y había sido un padre descuidado y ausente; en aquel momento, tras la muerte del niño, no experimentaba ni la parálisis helada de la conmoción ni el foco cristalino de la pena, sino que sentía el corazón lastrado por una serie de ironías turbias y miserables.

La señorita Vitkus desplegó las cartas formando un abanico y esperó. Tenía los dientes largos, cuadrados, todavía bastante blancos, y sus dedos nudosos eran notablemente ágiles; las uñas brillaban, muy cortas.

—Cinco pavos —dijo Quinn, sacando la cartera.

—Me has leído el pensamiento.

Cogió el billete y se lo metió por dentro del jersey. Pasado un momento, Quinn dijo:

—¿Y dónde está el truco?

La mujer se inclinó sobre la mesa y recogió las cartas.

—Cinco pavos es lo que cuesta la entrada —Quinn advirtió lo que había en su mirada: enfado—, el espectáculo vale otros cinco.

—Esto es extorsión.

—No nací ayer —dijo la señorita Vitkus—. La próxima vez, trae al chico.

\* \* \*

Aquí tenemos a la señorita Ona Vitkus. Esta es la grabación de la historia de su vida. Esta es también la parte Uno.

¿Ochenta y ocho minutos más? ¿Con este chisme tan pequeño?

(...)

Si tú lo dices, te creo. Dispara.

(...)

Bueno, la radio. Un buen invento. Y las fotocopiadoras. El velcro. La batidora. Oh, y mejoras estupendas en la ropa interior femenina. Es difícil elegir uno solo.

(...)

Entonces me quedo con la lavadora. Sin duda, la lavadora automática. No recuerdo bien en qué momento cambié: pasé de la dura tarea de frotar las enaguas sobre una tabla de lavar a encontrarme con dos adolescentes y una lavadora Maytag nueva. En un abrir y cerrar de ojos.

(...)

Eso es. Eso es todo lo que te cuento hoy.

## Capítulo 2

---

Quinn salió de la casa de la señorita Vitkus cinco dólares más pobre y sin ningún tipo de magia. Cogió el autobús para llegar al barrio de Belle, en North Deering, donde la encontró pasando el rastrillo por un parterre de tulipanes situado tras una valla vulgar y corriente, llena de estacas como dientes blancos. Siempre había pensado en aquel lugar como la casa de Belle —y eso era, en términos legales—, a pesar de que había vivido allí de forma discontinua un total de cinco años y medio. Las ventanas en voladizo le recordaban las comedias de la televisión de los años sesenta que el chico había seguido con entusiasmo, una tras otra, en un canal de televisión repleto de maridos y padres como Dios manda, que se quedaban en casa por la noche para anclar el barco del hogar.

—¿Y bien? —preguntó Belle. Incluso su voz se había debilitado, habían ido desapareciendo algunas notas.

—Está cerca de Westbrook —dijo él—. Tiene el jardín hecho un desastre.

—El chico se comprometió hasta mediados de julio. Le dije a Ted que nos ocuparíamos nosotros.

—Tendrá unos veinte comederos y están colgados demasiado altos. Era un trabajo difícil para él.

Belle miró la calle.

—¿Has venido a pie?

—He vendido el Honda —sacó un cheque del bolsillo y se lo dio. Le había enviado un cheque para los gastos del chico todos los sábados desde el segundo divorcio y nunca había dejado de pagar.

Belle lo miró con expresión impasible.

—Te lo he dicho, Quinn. Ya no hace... falta.

Quinn se preguntó, y no era la primera vez, si era posible que una persona se muriera literalmente de pena. Belle llevaba una camiseta rosa tan tremendamente arrugada que parecía robada de una lavandería pública.

—Belle, deja que lo haga —rogó él.

Al principio ella no quiso, pero él se quedó ahí con el cheque que le ofrecía; la sangre le latía en las sienes, el cheque se agitaba en la débil brisa, hasta que quedó claro que tenía intención de insistir más que ella. Belle se ablandó, cogió el cheque, no dijo nada y la cabeza de Quinn se calmó.

La casa parecía engañosamente renovada. Las flores de finales de mayo surgían por todas partes, las ventanas lanzaban destellos y había otra serie de objetos preparados para el basurero.

—¿Otra vez de limpieza?

—Solo las cosas que no puedo soportar.

No quedó claro lo que quería decir. Quinn repasó los objetos para tirar: una silla tapizada, una batidora, una lámpara de mesilla, algunos cubiertos. Entonces lo vio, separado del resto: su primer amplificador, dos vatios, un regalo por su decimotercer cumpleaños.

—¿Ese no es mi Marvel?

Los dos se quedaron mirándolo como si examinaran un animal muerto. Era un cacharro japonés barato con una caja tan lacada que parecía mojada a pesar de la capa de mugre acumulada durante tres décadas.

—Es feo —dijo Belle—. Y no funciona. Nadie lo quiere.

—Me lo regaló mi madre. —Altavoz de seis pulgadas, tres botones; una porquería, el único vestigio de su adolescencia. Y, al mismo tiempo, de su madre. Todavía funciona —protestó él, a la defensiva. Le había gustado muchísimo aquel ampli, había sido muy importante para él.

—¿Y si te llevas de una vez para siempre tus trastos de mi casa? Aquí ya no pintas nada.

—Belle —dijo, herido—, por favor...

Quinn se había saltado las últimas dos visitas y Belle jamás se lo perdonaría. Algunas cosas, a la luz helada de los acontecimientos posteriores, eran imperdonables.

Quinn miró a su alrededor. Durante dos semanas, la familia de Belle había zumbado por ahí, como las avispas de un avispero, dirigida por Amy, la hermana de Belle. También había estado Ted Ledbetter, pero esa era otra cuestión totalmente distinta. Sin embargo, aquel día la casa estaba silenciosa y no había coches en el camino de entrada.

—¿Está Ted en casa?

—No, ¿y desde cuándo eso es asunto tuyo?

—Perdona. ¿Dónde están los demás?

—Las tías han vuelto a su casa. Amy está echando al correo cartas de agradecimiento. Me invento necesidades para que me dejen en paz unos pocos segundos.

Belle apoyó el rastrillo en un árbol y exhaló un suspiro entrecortado que a Quinn le recordó los ejercicios de preparación al parto. La siguió hasta el interior de la casa, donde ella pareció sorprenderse al verlo.

—¿Me das un poco de agua? —pidió Quinn.

Belle fue a la cocina y le sirvió un vaso. Era la típica casa de estilo de Nueva Inglaterra, aunque en realidad se encontraban dentro de los límites urbanos de Portland. El césped tapizaba el paisaje, en otro tiempo irregular. Por todas partes había columpios, casitas en los árboles, recintos para perros.



Había sido de los padres de Belle y se la habían dejado en herencia con la condición de que el nombre de Quinn no figurara en los títulos de propiedad.

—¿Ha hablado de él? Me refiero a la anciana.

Quinn negó con la cabeza.

—Me ha timado cinco dólares.

—Tenían conversaciones estupendas; eso decía él textualmente.

—No sé cómo podía aguantarla —Quinn intentó hablar con tono intrascendente, pero últimamente en todo lo que hacía se le notaba el esfuerzo.

—¿Has hablado del chico?

Quinn vació el vaso. Las galletas de animalitos le habían dado sed.

—¿Con la anciana?

—Claro, con ella. Con quién iba a ser, Quinn.

—No —añadió—, no he sido capaz.

La superficie helada de la rabia que envolvía a Belle se fue fundiendo.

—No dice nada malo de su carácter que se llevara bien con la anciana —dijo Belle por fin—. Es viejísima.

—Ya he pensado en eso.

Belle apoyó los dedos en el brazo de Quinn.

—Es lo único que te he pedido que hicieras. Se comprometió y para él eso era importante. Habría ido yo, pero... —Belle pareció tomar aire para buscar las palabras adecuadas— es una tarea que corresponde al padre.

Quinn no dijo nada, ¿qué podía decir? Se había ido de casa cuando el niño tenía tres años, había vuelto cuando tenía ocho. Había pasado cinco años deliberadamente separado de la frágil esencia de la paternidad. Belle podría echárselo ahora en cara, pero no lo había hecho. Boston, Nueva York y, finalmente, Chicago, hasta que se dio cuenta de que estaba llevando la

misma vida que había dejado, pero más solitaria. Tras ello, un trayecto largo y humillante en autobús hasta casa. Se había ganado la vida decentemente —siempre se había ganado la vida decentemente, era su único motivo de orgullo—, pero, con todo, temía enfrentarse a sus antiguos compañeros de grupo y a sus superiores laborales con la previsible noticia de que no, ja, ja, no Lo Había Conseguido y, sí, estaba de vuelta de modo definitivo.

—No he dicho que no tenga intención de volver. Lo que digo es que no es la típica vieja loca con delantal de cuadros.

—Pobrecito —dijo Belle—. ¿Y qué más tienes que hacer hoy?

—Una boda a las cinco.

—Siempre tienes una boda a las cinco, señor Solicitado.

Aquella era la pelea de siempre, y el hecho de que Belle la resucitara hizo que se sintiera menos solo. En una ocasión, Belle había comparado el hábito crónico de los conciertos con las exigencias continuas de un alcoholístico encubierto. Para Quinn, la comparación con el alcohol resultaba dolorosa, y la verdad era la siguiente: cuando tocaba la guitarra era el único momento en su vida, pequeña y miserable, en que tenía la capacidad de ofrecer exactamente lo que otro ser humano deseaba.

La siguió hasta el cuarto de estar, pero Belle no le ofreció asiento. Quinn miró a su alrededor, como si percibiera una nota falsa, y finalmente se dio cuenta de lo que pasaba: Belle había quitado de ahí los libros. Belle, lectora ávida, por lo general leía cuatro o cinco libros a la vez y los dejaba por todas partes, con el lomo bien arrugado por la pasión. ¿Cuántas noches había pasado narrándole un argumento mientras él le rogaba que no se lo contara entero? Pero siempre llegaba hasta el final: cuando le gustaba una historia, no se callaba.

Ahora esos mismos volúmenes estaban clasificados por tamaño en una librería impoluta.

—Solo quedan unos pocos sábados —dijo ella.

—Siete.

—Pues siete. ¿Qué te toma? ¿Un par de horas de tu ocupadísimo día?

—Sí, pero tengo que comerme las galletitas envenenadas.

Belle soltó una carcajada que sonó como un ladrido y los sobresaltó a los dos. Quinn le cogió las manos y las sostuvo; sintió que la comprensión de ella lo colmaba por dentro. Una comprensión sin límites.

—¿Puedo ver otra vez su habitación? ¿Solo un minuto? —tenía la esperanza de devolver el diario antes de que Belle lo echara de menos. No podía imaginar que no supiera de la existencia del diario: Belle había observado la vida del chico como si creyera que algún día necesitaría un biógrafo.

Belle retiró las manos.

—Ahora no.

Lo estaba castigando, aquella mujer tan valiente y querida, su mejor amiga. Se lo tenía merecido; pero la conocía bien y sabía que no tendría la energía suficiente para seguir enfadada mucho tiempo.

—Tengo que escribir unas cartas —dijo ella—. Tu padre ha enviado una nota. Y Allan ha llamado desde Hong Kong. —Belle esperó—. Allan no sabía nada de nuestro divorcio. Probablemente, ni siquiera tenía noticias de nuestro primer divorcio.

Él se encogió de hombros.

—Ya nos conoces. —Su padre vivía ahora todo el año en Florida; su hermano, en el otro extremo del mundo. Casi nunca hablaba con ellos. Eran las diez. Tenía horas vacías por delante—. ¿Vas a comer?

La pregunta pareció desconcertarla.

—Probablemente —contestó ella—. Supongo que debería comer.

—¿Necesitas algo?

—Quinn —dijo Belle amablemente—, no necesito tu ayuda.

Esta verdad le dolió como una pequeña herida. Belle lo acompañó al exterior por el camino de entrada, como si tuviera ahí el coche esperando.

—Ahora soy otra persona —dijo Belle; y, si en algún momento de su vida esa información podía haberle sido de alguna utilidad, ese momento había pasado hacía tiempo. Se quedaron mirándose a los ojos hasta que ella movió lentamente la cabeza.

Quinn cargó con el ampli —no pesaba nada— y se alejó de su antiguo barrio; tomó por Washington Avenue y por el bulevar, siguió por la larga cuesta de State Street hasta la península y, finalmente, llegó a Brackett Street y subió los tres oscuros tramos de escaleras hasta su piso, donde tenía equipos de música bien cuidados, unos pocos muebles de segunda mano y una foto enmarcada del chico con su uniforme de *boy scout*, mostrando los dientes con entusiasmo. Alguien le habría ordenado que sonriera y lo había hecho lo mejor posible.